

Recordar, compartir, aprender

Castellón

Joaquín Ortega Molina, 89 años.

Tania Bordera Vidal, 21 años.

HAMBRE Y POESÍA

Joaquín Ortega, el Maño, es un hombre sencillo con alma de poeta, cuya vida ha estado marcada por la necesidad, el accidente y la superación ante la adversidad. Consiguió establecer su propia empresa de pocería y alcantarillado tras varias décadas de dedicación y entrega a una pasión: la tierra.

Pero nada le fue dado de antemano, sino que tuvo que forjar su destino a base de trabajo y sacrificio, sin perder en ningún momento el optimismo y la esperanza de un futuro mejor.

Viste boinas, pañuelos anudados al cuello y camisas de colores. No tiene enemigos y dispone de palabras amables para todo aquel que pasa por delante de su silla. Sus ojos alumbran con un brillo especial: el del niño eterno que se resiste a crecer. El Maño es risueño, idealista y guasón. Y esto resulta sorprendente, meritorio, teniendo en cuenta las penurias y demás circunstancias dolorosas que conforman su accidentada biografía. Pero él piensa siempre en positivo. Incluso al recordar situaciones tremendamente duras consigue encontrarles el lado cómico, dando giros imprevisibles, entrañables y divertidos a su discurso.

Y así, al hablar de trabajo, recuerda nostálgico los años en que esa marcada personalidad de líder tolerante que lo caracteriza lo llevó a dirigir las siegas de trigo en Balazote (Albacete), durante la posguerra, por diez pesetas al día. Reconoce que aquella fue una época dura de lucha constante por la supervivencia y que los estragos causados por el hambre formaban parte de la rutina diaria. Él mismo tuvo que presenciar, impotente, la muerte por desnutrición de su propia hermana mayor. Sólo teniendo en cuenta estas circunstancias podremos comprender la inmensa dicha que sintió el Maño el día en que cazó una culebra que merodeaba por aquellos verdes trigales. Recuerda el sabor de su carne como uno de los más exquisitos manjares que jamás haya probado. Manjar que, por cierto, compartió alegremente con el resto de sus compañeros.

Pero antes de todo aquello el Maño fue Joaquín, un niño despierto y curioso que, como tantos otros de su generación, fue despojado de sus juegos a causa de la necesidad. Empezó a trabajar a la edad de siete años al servicio de los pineros de su Yeste natal. Guardaba sus petates de los ladrones y cortaba romero para acomodar sus lechos por menos de dos reales al día. Pero el Maño ni se queja ni se escuda en el sufrimiento. No le interesa el compasión propia o ajena y cuando intuye el sabor a melodrama, pasa página y trata de buscar la complicidad sana con su interlocutor por otros cauces, insertando en su narración anécdotas, sin duda, entrañables. Y así, todos los que hemos sido los pequeños de la familia -él fue el menor de tres hermanos- comprendemos la irresistible tentación que en más de una ocasión lo empujó a escaparse de su cama en mitad de la noche para acompañar, en la lejanía y al amparo de la oscuridad, a su padre y a su hermano mayor cuando estos salían a pescar al río Segura.

Es comprensible el que Joaquín no disfrutara de esa escolarización básica. Y dispondría de excusas o argumentos más que pertinentes en el caso de que hubiese renunciado a la llamada del saber. Pero el Maño desconoce el significado de la palabra rendición, así que cuando pudo permitírsele y sin dejar en ningún momento de trabajar, recibió educación para adultos. Y así, cuenta con satisfacción que en aquellos tiempos era el primero de la clase, el orgullo del profesor. Aunque dominaba estupendamente todas las materias, destacaba en matemáticas, y cree que de haber continuado con sus estudios, se habría dedicado a algún tipo de ingeniería, probablemente agrónoma, dada su pasión por todo lo concerniente a la tierra.

Curiosa vocación científica en un hombre con alma de poeta, que tiene versos escritos de su puño y letra para prácticamente cualquier campo de la actividad humana: la amistad, el campo, el amor... Líneas que no tuvo reparo alguno en recitar, micrófono en mano, ante el asombro de todos los presentes, en una cafetería a la que lo acompañó hace aproximadamente un año su amigo Salvador (animador de la Residencia Municipal de la Tercera Edad de Almazora, donde Joaquín reside desde hace cuatro años). Líneas que immortalizan historias verídicas, como la de aquel compañero de armas, atravesado de un costado al otro por una bala, que agonizaba aterrorizado sobre el campo de batalla. Lejos de ignorar la tenue llamada de la conciencia en favor de los gritos de alerta procedentes del instinto de supervivencia, a los que cualquier persona atendería en una situación



extrema, el Maño cargó a aquel hombre sobre sus espaldas e inició una carrera a contrarreloj hacia la lejana enfermería para salvar a otro ser humano de una muerte segura. Aún hoy recuerda, con los ojos húmedos, los lamentos de aquella víctima del sin sentido de la guerra. Lamentos que, como adelantábamos antes, él ha convertido en versos: “Camillero, no me muevas mucho. Llévame despacio, que me haces sufrir. Camillero, tengo una nenita y no quiero morir. Camillero, hombre humanitario, que expones tu vida por salvarme a mí. Rumban los cañones y arrecia el combate. Tantas ilusiones para verme así...”.

La prueba definitiva de su valentía y fuerza inagotables la encontramos en la asombrosa recuperación que atravesó tras un aparatoso accidente de tráfico, ocurrido hace cuarenta años, en el que la fatalidad, unida a la imprudencia de otro conductor, la oscuridad de la noche y unos restos de aceite sobre la calzada, llevaron a nuestro protagonista a permanecer amnésico durante diez largos días, en los que llegó a temerse por su vida y la de su mujer, que lo acompañaba en el asiento del copiloto. Después de aquello, pocos creían que volvería a ser el mismo hombre alegre y vital de siempre. Y sin embargo, él lo consiguió. Joaquín volvió a la vida para seguir alegrando las de los que lo rodean con sus historias, sus poesías, sus camisas de colores y su sonrisa.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La vida no es otra cosa que todos aquellos recuerdos alegres y tristes, dulces y amargos, singulares y graciosos que acumulamos en nuestro paso por el mundo. Recuerdos de las personas a las que hemos conocido, a las que hemos admirado, a las que hemos amado. Recuerdos de los lugares que hemos visitado, de la primera nevada que hemos contemplado, del calor del abrazo materno, del sabor del primer beso, del aroma del hogar familiar... La vida es dolor y sacrificio. Es belleza. Es poesía.

A Joaquín la vida le ha enseñado que la perseverancia, el trabajo duro y una fuerte convicción en aquello que hacemos, nos pueden llevar a alcanzar cualquier meta sana y coherente que nos propongamos. Que nunca hay que rendirse ante los obstáculos que coloque en nuestro camino una distribución de la sociedad no siempre justa. Que tenemos que ser optimistas y focalizar nuestra atención en el lado bueno de los reveses que en muchas ocasiones nos da la vida. Que por mucho que nos condicione nuestro pasado, seguimos siendo los dueños de nuestro futuro. Que la educación y la cultura, ya sean adquiridas por las vías tradicionales o por senderos alternativos, serán siempre nuestras aliadas. Y ante todo, ha aprendido que la clave de la felicidad se halla en la auto superación constante y la pasión verdadera e imperturbable por aquello que amamos.